

los modernos códigos de Francia y los Países Bajos. Todo ello con un gran rigor metódico y una claridad perfecta; con ese "savoir faire" de los maestros franceses.

J. O. C.

RODOLFO KÖTZSCHKE, *Allgemeine Wirtschaftsgeschichte des Mittelalters* (*Handbuch der Wirtschaftsgeschichte*, editado por G. Brodnitz, Jena. Fischer, 1924); xvi-626 págs.

No es empresa sencilla trazar con justa ponderación, en el día, la historia general de la economía europea de la edad media. Lo prematuro del intento tiene que comprometer los frutos del esfuerzo. No se dispone todavía del preciso esclarecimiento de las fuentes por ser cada día más rico el contingente de las llamadas a colación o, en otros casos, demasiado precarias para numerosos lugares y momentos, ni se cuenta con un nivel medio de la literatura monográfica de caudal suficiente en los problemas más ajenos a las investigaciones específicas del autor, y con enseñanzas definitivas, o, por lo menos, cotizables. Todo ello se refleja en el valor desigual de los diferentes capítulos y en que junto a prestaciones de gran interés y resuelta claridad queden muchas cuestiones borrosas y alteradas, se prescindan de otras y destaque invencible del conjunto una impresión marcada de desequilibrio. Son muchos los siglos abarcados con el denominador común de medievales y relativamente escasa o insuficiente la posesión lograda hasta ahora, por los investigadores de su fisonomía propia, con especialidad en cuanto se refiere a los rasgos de la organización económica. Faltan, debido a ello, intentos de generalización tan ambiciosos como el de Kötzschke y los existentes, de moldes más reducidos, consagrados a desentrañar las características de un solo pueblo, de alguna fase más breve de su evolución histórica o de un grupo de problemas afines, sólo en muy corto número han llegado a ganar autoridad notoria. Los más reputados van recibiendo, merced al nuevo estudio íntimo y minucioso de los temas tratados —desplegando su complejidad—, rectificaciones y complementos de valor, obra de historiadores cuya labor está acotada dentro de sectores aparentemente reducidos. Piénsese, por ejemplo, en lo ocurrido con una obra tan notable como la de von Inama, durante mucho tiempo modelo de este género de estudios —exploración inicial de ellos—, y hoy, en cierto modo, en crisis, después de las nuevas interpretaciones dadas a los aspectos más reveladores de las economías merovingia y carlovingia, sobre todo. No hablemos de Lamprecht, Kowalewsky, Jannet, Girard, Ashley, etc... nunca cotizados tan alto como aquel maestro. Aun publicaciones posteriores y tan escrupulosas en su información como las de Cunnigham, por ejemplo culminante, están siendo sometidas a una revisión continua, fruto del dominio ganado en su campo por cada especialista.

El libro de K. ofrece indicaciones de valor, a la altura de la investigación, en la mayor parte de los casos. En este sentido —apoyándose en los últimos hallazgos de la historiografía— subsana errores y elimina lagunas de obras anteriores estimadísimas; cuando no, limitándose a exponer las soluciones recibidas, hace una reseña acabada de las mismas. Acaso no siempre, en cambio, vuelve a las fuentes sobre asuntos en litigio y pendientes de un nuevo examen de los ya utilizadas o a descubrimientos hechos en las no familiares aún pero susceptibles de dar mayores rendimientos.

Así se percibe, en primer término, la carencia casi absoluta de noticias sobre la vida económica de aquellos pueblos cuya historia se encuentra menos cultivada como ocurre con los de nuestra Península.

En las contadas ocasiones que menciona a España o a Portugal no acredita haber utilizado la literatura más reciente, ni tampoco la clásica. Se sirve rara vez de materiales de primera mano, sin registrar siquiera, en algún caso, la procedencia. Aduce más de una vez la popular Historia de Altamira; de Hinojosa conoce tan sólo su artículo publicado en la Revista de la fundación Saviny, traducido, después, al castellano. De los autores extranjeros curiosos de nuestro pasado se apoya tan sólo en algunos alemanes: Dierch, el malogrado R. Leonhard —de quien cita un solo artículo— y J. Caro. No puede reputarse su información concluyente, menos aún por los textos que por los autores. Si consideró exigua nuestra producción —aun quedándole algunos autores por conocer— pudo muy bien acudir a las fuentes editadas para subsanar aquel defecto y hubiera encontrado, con facilidad, alguna otra de luz y de provecho que sumar a la ley de Recesvinto, el Libro del consulado del mar y el viaje de Benjamín de Tudela, si no todas manejadas, mencionadas alguna vez.

Salvo en los problemas de su especialidad —relaciones agrícolas y de colonización rural, propias de la expansión alemana en primer término—, prevalecen en la información utilizada por el autor los trabajos de procedencia ajena sobre la directa consulta de las fuentes, sea cualquiera el país de que se trate, como en todo manual es, por lo demás, corriente y aun inevitable en muchos casos. Su predilección es manifiesta por los pueblos germánicos. Además de la organización de los francos estudia con fervor y describe con acierto el desarrollo de las bases del establecimiento de los sajones y normandos, ante todo sus andanzas, las huellas que en las instituciones de la economía occidental dejan impresas sus luchas y su contacto con los pueblos procedentes de Oriente. Las acometidas de los invasores y, muy particularmente, la realizada por los avaros las refiere con originalidad en forma tal, que de ellos y de su influencia se recoge de las páginas de K. una idea muy distinta por su importancia de la hasta ahora dominante (páginas 112 y sigts).

El relato anuncia algo plenamente comprobado en el curso de la

obra: las dotes excepcionales del autor para narrar las peripecias propias del éxodo de los pueblos con una acertada estimación de sus determinantes, llegando a sorprender en sus corrientes migratorias las características de su personalidad y las influencias derivadas de la misma reflejadas en las formas de su establecimiento y en las líneas dominantes en la configuración de su economía. Tanto en los primeros capítulos del libro, como, más adelante, en los dedicados al análisis de la fase culminante de la edad media (capítulo tercero, muy especialmente en la sección segunda del mismo) y, por último, en las páginas magistrales dedicadas a las expediciones de los cruzados (498) destaca la aptitud narrativa del autor repleta de dinamismo y de sugerencias. Así pocas veces se habrá proyectado con mayor eficacia —dentro del alcance de los medios empleados— la impresión de continuidad histórica obtenida con el concurso de dos civilizaciones que al sucederse se apoyan recíprocamente una en la otra y no permiten separar como antagónicos dos momentos íntimamente unidos en los que se traza el encuentro de dos edades. Dentro ya de la organización medieval, con el mismo acierto se percibe el contraste —eludiendo, sin embargo, toda construcción demasiado terminante— entre las fases de relativo quietismo en la circulación de los bienes obtenidos dentro de las economías de tipo cerrado, a la manera de los grandes dominios territoriales, en la naciente edad media y los momentos de inicial expansión y de creciente engranaje provocados por circunstancias políticas, sociales, económicas y técnicas a medida que las relaciones se hacen más intensas y de carácter más diverso entre los diferentes sectores de la civilización imperante. Son, en todo caso, los pasajes sobresalientes de la obra, los dedicados al estudio de los factores sociales y dentro de ellos, más concretamente aún, los referentes a su establecimiento, y las bases de su organización atendiendo a las formas del régimen agrícola predominante. Sin omitir el estudio de las instituciones jurídicas antepone a la fijación analítica de conceptos y de instituciones la animada imagen de su trayectoria evolutiva. Le atrae, ya se dijo, sobre toda otra cosa, sorprender y describir el dinamismo de los procesos históricos. No pretende, desde luego, trazar líneas generales que expliquen con arreglo a una determinada construcción el sentido íntimo de la historia medieval, y, sin esto, cada una de sus manifestaciones, pero —sin embargo— no puede decirse que esté exenta la obra de un cierto matiz sociológico. Más en la metodología que en las soluciones; no en balde es obra de un especialista, historiador antes que nada. Su impulso más inmediato con el campo de la economía, propiamente dicho, no escapará a la atención de muchos lectores de quien lo recibe. El nombre de Max Weber viene en más de un momento a la memoria; sobre todo el sentido de sus últimos trabajos. No lo releva tan sólo la terminología (capítulo III, sección II, pág. 360); otras semejanzas aparecen; no porque sea fácil registrar mera adhe-

sión a soluciones ofrecidas por M. W. sino, más bien, por delatarlas la orientación general de la obra. El procedimiento adoptado por K. al buscar la génesis de cada fase de la economía medieval a través del tipo de organización dominante de los poderes políticos, presuponiendo allí un germen explicativo —sin olvidar que recibió de G. Schmoller su fórmula inaugural—, acusa en K. una directa afinidad con Max Weber y la brillante interpretación que preside en las diversas situaciones históricas de los factores políticos y sociales. Por lo mismo que se trata de la obra de un historiador y no de un economista, y además de un manual, estas reminiscencias nada dicen en merma de su valía en cuanto no sustituyen la imprescindible aportación profesional del autor. De mucho le ha servido su formación antecedente y varios de sus trabajos especiales. Sabido es que se le deben estudios fundamentales sobre la historia administrativa del Rin y de Westfalia a base de investigación sobre cartularios; de los que ha editado algunos; también ha estudiado a fondo, sobre las fuentes, la colonización germánica en el suelo ocupado en Oriente por los eslavos durante la Edad Media. Por último, entre sus trabajos anteriores, de carácter más general, puede contarse su Compendio de la historia de la economía alemana hasta el siglo xvii, editado por Meister (1921 y 1923), boceto trazado con gran destreza y que en ocasiones ha utilizado como guión, desarrollándolo y enriqueciéndolo sobre todo en la parte dedicada a los primeros siglos de la edad media y en los de su culminación, ya que los problemas de sus postrimerías no los incluye por razones de sistemática, para no invadir la órbita propia de los restantes volúmenes del Manual editado por Brodnitz pendientes de publicación, como expresamente declara el autor en el prólogo.

Los aparecidos hasta ahora, de la serie, son dos a más del de K.; uno del mismo Brodnitz, dedicado a la historia de la economía inglesa (1918) no muy bien recibido por la crítica, y el primer tomo de una Historia de la economía rusa (1926) debido a J. Kulicher de la que en breve nos ocuparemos.

R. C. <

J. KLEIN, *The Mesta. A study in spanish economic History* (1273-1836), 444 págs. Harvard Economic Studies. Cambridge, 1920.

El Honrado Concejo de la Mesta, esta institución que tan considerable papel ha jugado en la vida económica española del pasado, no había sido objeto, hasta la publicación de la obra que vamos a reseñar de un estudio completo, con aspiración a abarcar todos sus diferentes aspectos.

El único ensayo, en forma de monografía, anterior a éste, es el